



Que Cristo nos resucite

06/06/2010

Evangelio: Lc 7,11-17

En aquel tiempo, se dirigía a Jesús a una población llamada Naím, acompañado de sus discípulos y de mucha gente. Al llegar a la entrada de la población, se encontró con que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de una viuda, a la que acompañaba una gran muchedumbre. Cuando el Señor la vio, se compadeció de ella y le dijo: "No llores". Acercándose al ataúd, lo tocó y los que lo llevaban se detuvieron. Entonces dijo Jesús: "Joven, yo te lo mando: levántate".

Inmediatamente el que había muerto se levantó y comenzó a hablar. Jesús se lo entregó a su madre. Al ver esto, todos se llenaron de temor y comenzaron a glorificar a Dios, diciendo: "Un gran profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo". La noticia de este hecho se divulgó por toda Judea y por las regiones circunvecinas.

Oración introductoria:

Señor, sé Tú la gran alegría de mi corazón, la razón de mi existencia, la gran motivación de mi vida, la fuerza de mi voluntad y la luz que oriente mis pasos.

Petición:

Jesús, el camino para seguirte está resumido en el evangelio, ayúdame a recorrer este sendero pues es el único hacia la dicha eterna a la que aspira mi corazón.

Meditación:

Cada uno de nosotros podemos identificarnos con el joven del que nos habla el evangelio. Todos necesitamos revivir alguna parte de nuestro ser: una capacidad no desarrollada, un talento escondido; todos tenemos alguna desilusión, algún fracaso, alguna pena que superar. Cada uno tiene metas que conquistar, trabajos nuevos por realizar, etapas de vida que atravesar. Por eso Jesús nos dice a cada uno: "Levántate". ¡Emprende la marcha! Dios se ha abajado hasta nuestra flaqueza, se ha hecho hombre, se ha quedado con nosotros en la Eucaristía y en los Sacramentos. Está con nosotros y nos da su gracia y ayuda para superarlo todo con Él. Pongámonos interiormente en camino con Cristo. Él nos da esperanza. Dejemos que Cristo nos toque y nos resucite, sobre todo espiritualmente, de tal manera que ya no vivamos para nosotros mismos, sino que Cristo, con su gracia y su caridad, viva en nosotros. El Señor nos repite también las palabras que dirigió a la viuda y nos anima a vivir cada día con esperanza: "No llores. Yo estoy contigo. Sigue tu camino y cree en mí".

Reflexión apostólica:

La vocación cristiana es una vocación al apostolado. En esta línea se sitúa el *Regnum Christi*: quiere ayudar a los bautizados a vivir en plenitud su vocación a ser apóstoles de Cristo en el mundo de hoy.

Propósito:

Ponderar cuáles son las metas espirituales, familiares o de trabajo que tengo en este momento de mi vida y pedirle a Jesús que me ayude a alcanzarlas con su gracia y para su gloria.

Diálogo con Cristo:

Señor, Tú me has puesto en el mundo para conocerte, servirte y amarte y así ir al cielo. Concédeme la gracia de orientar todas mis acciones hacia ese fin último al que me llamas.

«Si el amor a Cristo nos conduce, en el plano personal, a una continua purificación y a un continuo trabajo de superación, en el campo apostólico ha de conducirnos a un celo incontenible por la santificación y la salvación de los hombres» ([Cristo al centro](#)

, n. 297).